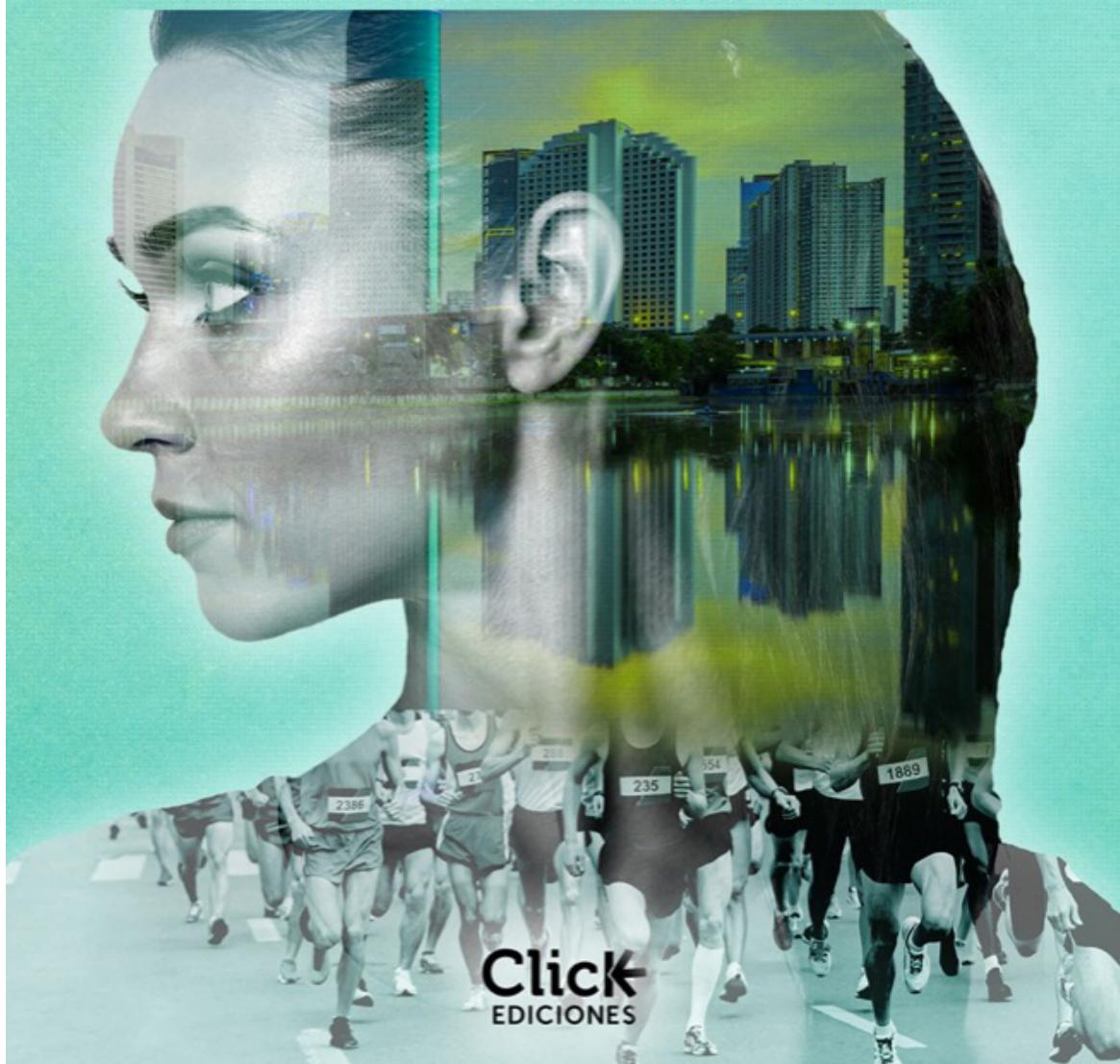


LAURA ZALVE

261

**LA HISTORIA DE UNA MUJER QUE LUCHA POR OCUPAR UN LUGAR
HASTA ENTONCES RESERVADO A LOS HOMBRES.**



Click
EDICIONES

Laura Zalve

261

La historia de una mujer que lucha
por ocupar un lugar hasta entonces
reservado a los hombres

Click
EDICIONES

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Laura Zalve, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023
ISBN: 978-84-08-26808-6
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

*Para mamá, papá y Mario.
Por ser mi tierra, mi cielo y el avión en el que descubrir el mundo.*

El edificio central de la Universidad de Siracusa, a lo lejos, parece un castillo encantado medieval. De no ser porque en los Estados Unidos no existen los castillos medievales, pensaría que lo es. Una enorme torre, como si fuera la de defensa, la preside. Sus múltiples ventanas con arco estrecho y ovalado parecen las aspilleras desde donde los arqueros disparan a los intrusos, y fantasmas también los hay, sí, sobre todo mi compañera de cuarto, Rose, que se levanta por las noches con su camisón blanco a hacer no sé qué, tropezando por todos los rincones y con los brazos extendidos como si fuera sonámbula. La primera noche me dio un susto de muerte. Pensaba que lo era. Pero no, simplemente salió a por agua, me dijo, que no le dio a la luz para no despertarme y la que lio fue mucho peor. «Niña muerta a causa de un infarto en su primera noche en el campus» hubiera podido ser el titular. Por todo lo demás, la universidad no recuerda a un castillo, no hay armaduras, ni retratos de aristócratas y caballeros colgados de las paredes, ni tapices ni foso, ni puente levadizo con cocodrilos.

Llevo seis días en el campus desde que mi padre y mi hermano Jack me dejaron y no he visto nada de esto. En su lugar, salones, sala de trofeos, una enorme biblioteca, cabinas telefónicas de aparatos negros como el carbón,

largos pasillos, techos altos y un solo color, el naranja. Como el del famoso equipo de fútbol de nuestra universidad, y digo nuestra porque tal vez sí que hay fantasmas, un solo espíritu que te impregna el alma desde el mismo momento en que echas a andar por la empinada, serpenteante y larga escalinata de la entrada al edificio principal y que te acoge en una especie de tu-otra-vez- por-aquí que te cala como en un *déjà vu*.

Y esa sensación no te abandona, todo lo contrario, te acompaña y se vuelve más vigorosa detrás de cada paso. Por este motivo cruzo tranquila los verdes jardines en dirección al Archbold Stadium, donde juega el equipo de fútbol y alrededor del cual se encuentran las instalaciones deportivas, como si resiguiera anteriores pasos que, obviamente, no he dado jamás.

El atardecer pinta de un tono rojizo el horizonte perfectamente acompasado con el color de mi universidad, las cimas de los arces rojos y los fresnos reverencian jugando con las últimas ráfagas de un viento húmedo que amenaza tormenta, y el eco lejano y entremezclado de mis compañeros que se explayan sobre el césped se pierde a medida que avanzo hasta la escalinata. Sí, otra jodida y empinada escalinata, de largos peldaños con los extremos roídos y enverdecidos por el paso del tiempo que al pisarlos me saludan con un nuevo otra-vez-tu-por-aquí. Ignoro si he de pedir permiso a nadie. Ignoro si la entrada es franca, si quien quiera tiene acceso a fisgonear entrenamientos y mezclarse con los deportistas como uno más, o es necesario acreditarse y formar en alguno de los equipos de la universidad. Pero soy mujer, ya me lo dijo mi querida Evelyn, y las mujeres no practicamos deporte, tampoco aquí, en Siracusa, que eso sí lo pregunté. Ningún equipo femenino ni de baloncesto ni de fútbol ni de atletismo. Sigo avanzando y no, nada impide la entrada, solo un

enorme arco blanco sin puertas ni vallas, tan amplio que antes de alcanzar el último tramo de escaleras ya oteo el interior y oigo ese rumor que espontáneamente brota en las gargantas de los que practican un juego colectivo: gritos de aliento, de desazón, de fastidio, de ánimos, de arrepentimiento, de otra vez será, de mírame, de avisa, de lánzala, silbatos, silencios, chuts... Mi piel se ruboriza y siento un fervoroso y casi irreprimible deseo de traspasar esa línea prohibida a las que llevamos faldas, ese deseo de, en lugar de agitar pompones y hurras, echarme a correr con la cabeza bien alta. A eso he venido.

Entro y me maravillo ante el inmenso recorrido de la pista de atletismo con sus ocho calles de arena rojiza, el césped reluciente del campo de fútbol con sus travesaños, y un ejército de chicos, unos avanzando, otros retrocediendo, como dos manchas de distinto color que se mezclan. Blancos contra negros. Las camisetas, digo. Y más gritos, y más silbatos, todo componiendo esa sinfonía que me hincha un orgullo que no me pertenece por ser mujer. Doy la vuelta y admiro las gradas de cemento y una suerte de torrecillas que de forma regular las cierran en su punto más alto. Las imagino repletas de gente encorajando al equipo con miles de banderines naranjas agitados al mismo tiempo y bajo el mismo aliento. No hay nadie más sentado ni andando alrededor de la cancha como yo. Temo que alguien me llame la atención. Que me riñan. Yo no puedo estar aquí, no sé ni lo que busco; bueno, sí lo sé, pero no sé dónde. Un balón rebota ruidoso a pocos pasos de mí, me giro con la intención de parar su trayectoria, pero un jugador lo ataja antes, casi a mis pies. Lo agarra con una sola mano como si fuera un melocotón y dos ojos penetrantes me escrutan como escondidos entre las rejas de protección de su casco.

—¿Te has perdido?

Antes de poder contestar alguien vocifera a su espalda, se llama Sam, o al menos así le gritan.

Gira el cuerpo en una especie de semivuelta sobre su cintura, arquea su brazo derecho por encima del hombro y hace volar el cuero ovalado como si fuera un satélite. Lo pierdo de vista rápidamente.

—¡Guau! —exclamo.

—¿Cómo te llamas?

El silbato del entrenador estrena una serenata aguda y chirriante, dedicada a Sam.

—Alice... —le contesto justo antes de que me sonría, se gire y corra a mezclarse en la mancha que predomina de camisetas blancas. No entiendo porque hay más jugadores de blanco. Le observo la figura, unos muslos voluminosos que sus pantalones de chándal no consiguen disimular, su espalda tan ancha como la pared de un armario de esos empotrados, el vaivén de sus codos apuntando el suelo, y antes de que se aleje más, y sin poder evitarlo, le grito un auxilio desesperado...

—¡Sam! ¿Sabes dónde puedo encontrar al entrenador de atletismo? —Temo que no le llegue mi voz, pero sí. Se detiene. Y se gira, y aunque sea a lo lejos creo volver a intuir su sonrisa.

—¡Mira en el otro lado! ¡Ellos siempre están en el otro lado! —eleva su tono de voz, levanta la mano, saluda y entonces sí, vuelve a unirse al grupo.

El otro lado, ¿dónde narices está el otro lado? Como una tonta doy la vuelta sobre mi eje. Observo la tribuna central que guarda un gran parecido con la fachada de la universidad, esa que antes he explicado me recordaba a un castillo medieval, y entonces los veo, claro, al otro lado: justo en el otro extremo curvo de la pista otro grupo de muchachos forman un círculo naranja. No sé qué hacen. De repente se agachan al mismo tiempo y en el centro

aparece un tipo con sombrero. El único que permanece de pie. Parece un truco de magia. Sonrío y sin que me abandone el miedo de que alguien me llame la atención, y me eche, continúo andando por la calle número dos acercándome a ese grupo de deportistas que parecen venerar al tipo del sombrero a base de reverencias. Me río yo misma por la estúpida metáfora que se me ha ocurrido mientras hacen abdominales. Si quiero llegar a ser una buena periodista, tendré que esmerarme más, pienso. El tipo del sombrero está ya tan cerca que me mira. Debe de ser él, pienso. Es él, me animo. Lleva un ridículo chándal blanco con rayas rojas, qué horror, y el silbato colgando. Me recuerda a un tubo de pasta de dientes. Los cristales de sus gafas brillan y en su reflejo me doy cuenta de que la torre de iluminación, justo delante de la tribuna, se ha encendido. Son unos diminutos puntos azulados que tan solo calientan, lentamente, antes de abrazar con su lluvia radiante el verde. Me fijo en ellos y disminuyo mi paso, amedrantada. Algo ocurre con los del fútbol: un estruendoso griterío me llama la atención. Los de negro se abrazan, algunos de blanco se echan, exhaustos, sobre el césped. Supongo que, entre ellos, estará Sam. Carcajadas lejanas se reproducen desde el centro del campo como un eco feliz que me anima. Así, animada, avanzo decidida. Los de las abdominales van acabando, poco a poco. Estirados sobre las calles de la pista de atletismo me observan como tumbados en la playa.

—¿Qué quieres? —me pregunta el entrenador algo tosco. Tomo aire y noto que las piernas me tiemblan.

—¿Es usted el señor Arnie Briggs?

Él asiente y escupe al suelo. Qué asco.

—¿Puedo hablar con usted?

El entrenador levanta su mirada justo cuando desde el plomizo cielo se precipita una leve llovizna.

—Te vas a mojar...

Se gira sin hacerme caso y ordena a los chicos que estiren contra la valla; obedientes se retiran y me recuerdan, con sus poses, a las bailarinas. Me río.

—¿Qué encuentras tan divertido?

—Yo solo caliente después —le digo cuando la lluvia empieza a arreciar con fuerza.

El entrenador me dirige un gesto con su barbilla indicándome el túnel de lo que, imagino, será el camino al vestuario.

—Métete allí o quedarás empapada.

El entrenador Arnie me habla con un tono neutro, tan neutro que es imposible averiguar si se preocupa por mí o solo quiere sacárseme de encima.

—No me importa, me gusta correr bajo la lluvia...

—¿Tu corres?

—A eso he venido.

—Pensaba que a la universidad se venía a aprender...
Suos cultores scientia coronat..., este es nuestro lema.

—La ciencia corona a quienes la cultivan —repito orgullosa como toda una veterana justo cuando mi melena empieza a chorrear sobre mis espaldas.

—Si te gusta correr bajo la lluvia, estás de suerte, en Siracusa llueve a menudo...

—Lo sé, soy de Nueva York...

El entrenador esboza su primera sonrisa, se lleva el silbato a los labios, se gira hacia los chicos y con un solo gesto empiezan a corretear en un ritmo suave, y sin mirarme me habla como si leyera mis pensamientos.

—Aquí no tenemos equipo femenino, pero me haría feliz si quieres entrenar con nosotros, nunca he entrenado a una chica.

Sigue sin mirarme, y como no puedo ver su expresión, ignoro si me está tomando el pelo. Me espero a que se

gire, y cuando lo leo en sus ojos, reprimo mi efusividad. Desearía colgarme de su cuello y llenarlo de besos. Me agunto.

—¿Has corrido antes? —me pregunta.

La primera vez que corrí fue el día del entierro de mi madre. A mi madre la enterramos una fría tarde de otoño hace tres años tras una larga enfermedad que, de tan larga, pensaba que nunca tendría final. La arrancaron de mis manos como yo arranco las flores silvestres antes de que el sol las marchite. Ella luchó con todas sus fuerzas contra ese sol que la marchitaba hasta que no pudo más. Supongo que es injusto, pero me había acostumbrado a verla enferma. Lo prefería así, mil veces así, antes que dejar de verla.

Ese último adiós aquella tarde en que las nubes corrían como avergonzadas por el cielo me mostró la dureza de seguir viviendo.

Ella era una mujer popular en nuestro barrio de casas de madera con jardín, organizaba la iluminación conjunta de Navidad en la calle, el concurso de tartas y el rastrillo para los huérfanos, la carrera de sacos de Acción de Gracias, y le andaba por la cabeza crear una organización de vecinos que, seguramente, habría presidido si el maldito cáncer no se hubiera entrometido. Por todo esto no me resultó extraño que la ceremonia trascendiera más allá del estrecho vínculo familiar y la hora de las condolencias se hiciera interminable. Yo no deseaba otra cosa que llegar a casa, encerrarme en mi cuarto y echar a llorar. Sola.

Flanqueada por mi padre y mi hermano mayor, Jack, recibíamos abrazos, besos y llantos que agitaban demasiado mi corazón. No lo soportaba. Esa era mi pena, mi parcela privada, y nadie tenía derecho a usurparla; deseaba escaparme, salir corriendo como esas nubes que desfilaban cada vez más oscuras, como todo aquel que se encontraba a mi alrededor: trajes negros, corbatas negras, vestidos negros, medias negras, zapatos negros, gafas negras, futuro negro, alma negra, lágrimas negras, de carbón...

Evelyn, refugiada detrás de la espalda de su padre, encabezaba la comitiva de los de clase; también estaba Bryan, y Melanie, y Rachel, y John, y la señorita Maertens, que siempre llevaba largos vestidos y faldas floreadas y que tanto me costó reconocer de ese único color de la más triste tarde de otoño que pueda recordar.

—Lo siento... —pronunció Eve a su turno sin conseguir acabar la frase.

No la dejé. La abracé y nos ahogamos juntas atrayendo y compartiendo una multitud de recuerdos llenos de color y olor a tartas, galletas y chocolate, esas tardes, tantas, que compartía con ella mi madre.

Evelyn es mi tesoro secreto, mi alma gemela, mi amiga.

Cuando por fin nos retiramos con el tío Ben, que era quien conducía porque ni mi padre ni Jack se encontraban con ánimos para hacerlo, ella, reacia a dejarme sola, me esperó junto a sus padres antes de que todos marcharan.

—¿Quieres venir a casa? —Se adelantó dos pasos hacia mí. Su padre esperaba con la puerta abierta de su Ford y nos miraba a distancia. Su madre ya había entrado.

Le acaricié los brazos y le sonreí. Esa fue mi primera sonrisa del después.

—Gracias, bombón —repetí esa misma broma de siem-

pre porque sentí que todo tenía que seguir como siempre—. Pero prefiero ir con ellos...

—Si te lo repensas, silba, o tírame una piedra contra la ventana, o no sé... Llámame...

Eve estaba tensa y nerviosa, su mejor amiga acababa de perder a su alocada madre y no sabía muy bien cuál era su papel. No lo sabía, pero en cambio lo ejecutaba a la perfección.

Asentí y evité volver a abrazarla porque no quería llorar más. Su padre, desde la distancia, me dedicó un tímido gesto. Entonces me di la vuelta y busqué entre la colina de cruces blancas a mi madre y ya no lo pude controlar. Jack corrió en mi rescate, me cogió por la espalda y sin mirarme a los ojos, supongo que para no contagiarse, me metió en el asiento de atrás, entre la tía Carol y él. No puedo recordar un viaje tan silencioso como aquél. Tan fuerte era el vínculo del pensamiento que todos le dedicábamos callados que parecía estar allí, montada en el Ford de tío Ben, entre nosotros.

De igual manera cruzamos el umbral cuando llegamos... Vacíos, fríos, muertos. Lo primero que deseé hacer fue quitarme ese atuendo de luto y ponerme las alpargatas y el chándal de andar por casa, el mismo que salvé por los pelos del último rastrillo que ella organizó, que de acuerdo que me llegaba más arriba de los tobillos, que de acuerdo que había crecido y que pronto ya no cabría en él si seguía haciéndolo, pero era MI chándal de los ositos y por muy venerable que fuera su causa, que no lo pensaba donar, le repliqué. Ella se rio y dejó que lo recuperara porque supongo que entendió mis motivos y que seguro que entre sus cosas también existía ese algo de lo que nunca se pensaba separar. De lo que yo no pensaba separarme jamás era de ella, ni viva, ni ahora que había muerto, pero encontraba tan tremendamente injusto que Dios me la ro-

bara que no sabía cómo hacerlo, cómo hacer que ella permaneciera a mi lado si la acababa de dejar en esa colina verde debajo de una cruz blanca y entendí que ese oasis, que casi de forma desesperada buscaba ese momento para llorarla a solas en mi habitación, era una trampa, una maquiavélica y terrible trampa. Mi casa dejaría de oler a galletas de jengibre recién horneadas. Dan Ingram desde la WABC dejaría de anunciar las canciones del top 40 mientras mi madre tendía la ropa, o cocinaba, o surgía con el transistor al lado canturreando el *Love me tender* a dúo con Elvis. Nunca más se abriría de repente mi puerta para rastrear si encontraba algo para meter en la lavadora, o simplemente para decirme que bajara a merendar... No, no habrían más meriendas con ella, ni almuerzos, ni desayunos, ni cenas, ni besos, ni sonrisas, ni abrazos; no habría ya nada más con ella porque ella ni estaba ni volvería a estar jamás, que todo aquello era una trampa y llorarla en silencio no me la acercaba, sino que me la apartaba más, no volveríamos a contemplar juntas ni la lluvia ni la nieve, no oiría nunca más eso de «Alice, asómate, está nevando...». No, no, todo eso no volvería jamás, estaba condenada a hurgar entre la basura de mis recuerdos porque la fábrica de hacerlos ya no iba a funcionar más.

—Mira, mamá, cómo llueve —grité cuando las gotas de la tormenta golpeaban con fuerza contra el cristal.

A las dos nos encantaban las inclemencias del tiempo, cuanto más fuera de lo común, mejor, sin miedos, sin importarnos nada...

—Mira, mamá, cómo llueve —volví a gritar cuando la fuerza del temporal me obligó a abrir los portones de la ventana.

Y entonces no entiendo lo que pasó, miré a la calle desierta, con sendos riachuelos a cada extremo desaguanado, y sentí la necesidad de salir a buscarla; bajé las escale-

ras, llegué al rellano y, ante la atónita mirada que mi padre me dedicó desde el salón, me calcé las bambas.

—Voy a correr —le dije.

Pero él estaba tan lejos y tan cerca a la vez, ensimismado con ella recorriendo sus mundos, que solo asintió sin llegar a comprender nada.

Esa fría, triste y desolada tarde de otoño que acababa de enterrar a mi madre empecé a correr, lo hice bajo la lluvia, bajo un cielo que lloraba conmigo, bajo la tenue luz amarillenta de las farolas de mi barrio, perdida, sin destino ni rumbo, persiguiendo todas las sombras imaginarias que se me cruzaban, buscándola, lo hice bajo una rueda de acusaciones que giraba sin parar, contra Dios y sus malditas leyes, contra el cáncer, contra mi mala suerte, contra la muerte, contra la injusticia, y tras cada uno de mis gritos contra todo eso corría más y más, largas zancadas que me obligaban a acelerar mi roto corazón y a hacer música con la respiración.

Entonces fue cuando ocurrió, no sé cómo, pero presentí que me acababa de volver indestructible, y envuelta en mi capa de superhéroe, como Superman, noté cómo resbalaban por mi piel todos los miedos, uno tras otro, y cómo, derrotados, los abandonaba sobre el asfalto cada vez más alejados. Y aceleré y corrí, corrí hasta extenuarme justo delante de la esquina de la iglesia, ante un enorme cartel de Coca-Cola que apareció vistoso e iluminado como un milagro cuando la lluvia se retiró. Una mano sostenía una botella con el refresco sobre la bola del mundo, el spot rezaba «Friendliest drink on earth», y mientras recuperaba el aliento agachada sobre mis rodillas iba repitiendo el eslogan y contemplando las nubes que se retiraban con su tormenta a otra parte.

Y entonces pude verla, brillaba con fuerza, y por la fuerza con la que brillaba supe que era ella, su estrella:

—¿Has visto cómo corría? Ha sido mágico, me ha llevado hasta aquí, contigo...

Me esperé por si me respondía, y sí, lo hizo, ya creo que lo hizo... «Venga, Alice, a merendar».

Y no me lo pensé dos veces, sonreí a su estrella y de nuevo me puse a correr. Desde aquel día no he dejado de hacerlo.

Habían pasado tres largas semanas, o 21 días, 504 horas o 30.240 segundos, desde el día en que pronuncié el adiós más difícil de toda mi vida. Llevaba la cuenta, porque también, curiosamente, fue el día en el que me sentí más libre.

Seguía recibiendo condolencias casi a diario y notaba cómo la gente me miraba como un cachorrillo abandonado en medio de la cuneta. Todo un fastidio.

Mi madre había muerto, sí. Pero lo que no sabían era que todas las tardes nos poníamos el chándal y salíamos a correr juntas.

Las semanas habían pasado como si el segundero del reloj pesara tanto que no pudiera moverse y los días se me hacían eternos hasta que llegaba la hora de salir a correr.

Aquella soleada tarde de otoño, antes de enfundarme las bambas, había quedado con mi querida Evelyn para terminar un trabajo de literatura inglesa. Bueno, esa era nuestra excusa. En realidad, lo que íbamos a hacer era co-tillar sobre Bryan y Tom y soñar cómo serían nuestras vidas con ellos mientras engullíamos pastas de chocolate y sorbíamos, con el meñique levantado, ese té que su tía Mercy le mandaba desde Inglaterra.

Subí las escaleras de madera que conducían al porche de la casa de Eve. Una casita preciosa de dos pisos, pintada

completamente de blanco y adornada con petunias y gardenias alrededor del marco de la entrada. Clavé mi dedo en el botón marfil del timbre y oí unos tacones que se acercaban a la puerta.

—Alice, encanto, qué alegría verte —exclamó su madre con dulzura.

Margaret era un ama de casa rubia, perfectamente peinada con sus tirabuzones dorados, uñas elegantes y vestidos acampanados, siempre acampanados, y siempre adornados con delantales bordados atados a la cintura. Parecía recién sacada de un anuncio de Coca-Cola y, a decir verdad, me recordaba ligeramente a mi madre, salvo que a Margaret solo se le coloreaban las mejillas después de tomarse un Martini.

—Buenas tardes, señora Green. ¿Está Eve?

—Claro, princesa, te está esperando en su cuarto. ¡Ahora mismo os llevo pastas y té! —exclamó entusiasmada mientras entraba en la cocina.

Subí como un cervatillo las escaleras de madera crujiente que conducían al primer piso y entré con un ¡bu! en la habitación de mi amiga. La explosión de rosas que Eve cerraba dentro me invadió por todas partes. A la izquierda, un tocador de espejo ovalado que siempre me había recordado al de la madrastra de Blancanieves, de color rosa; en frente, una ventana con cantos de madera rosa, y a la derecha, una cama con cabecero de mimbre rosa sobre la que estaba mi amiga semitumbada en una sábana rosa.

Eve, cuando me vio entrar, levantó su mirada y esbozó una enorme sonrisa, toda una media luna en su cara, también de color rosa.

—Anda, ven aquí, no te quedes ahí plantada y ayúdame. Mira, he cogido éstas para ti —me ordenó tranquilamente mientras señalaba un montón de revistas.

Me fijé y me di cuenta de que había desparramado toda su colección del magazine *Teen* sobre la moqueta. Algunos abiertos, otros cerrados, muchos recortados... Uno de sus *hobbies* favoritos era coleccionar todas las ediciones, hacer sus típicos test de amor «me quiere, no me quiere» y, posteriormente, recortar la cara de los famosos para pegarlas en su carpeta o donde fuera. Por toda la moqueta revoloteaban beatles decapitados esperando a ser elegidos para adornar carpetas, libros o libretas. Paul McCartney, con expresión angustiada, me suplicaba auxilio. ¡Era tan mono con sus ojitos redondos de mochuelo...!

—En serio, esto tuyo con el *Teen* no tiene remedio... ¿No te apetece salir un poco al jardín y ser una persona algo más normalita? —inquirí poniendo mi cara más burlesca.

—Si eres así de simpática, nunca conseguirás que Bryan se fije en ti.

Ella sabía que me volvía loca. Cada vez que le veía me sudaban las palmas de las manos, se me ruborizaba la pelusilla de detrás de la cabeza, me subían las palpitations y no conseguía hacer otra cosa que no fuera sonreírle como una boba como si fuera un tic.

De esa misma manera, con cara de boba, cogí la pila de revistas que me había señalado y salté sobre la cama llevándome el suspiro que me había provocado oír pronunciar su nombre. Mi Bryan aún era más mono que McCartney, mucho más.

—Tía, el otro día cuando fui a correr me lo encontré. Llevaba un polo blanco ajustado y estaba guapísimo; te prometo que no le he visto nunca así. Estaba ayudando a su madre a entrar la compra, todo un caballero, un perfecto *gentleman*...

—¿Hablasteis?

—¿Tú estás loca? Ni le saludé, qué vergüenza, aiss. ¿Tú crees que le gusto?

Cogí aire en cuanto terminé con esa pregunta que le formulaba dos mil veces por segundo rogando a todos los dioses del universo que me contestara que sí, que ella, más observadora para esas cosas, hubiera detectado algo, yo qué sé, pero en lugar de eso levantó bruscamente la mirada de sus recortables y exclamó:

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

—Jolín, Eve, ¿tan raro es que pueda gustarle?

—Para el carro, Alice. Primero explícame eso de «fui a correr». ¿Cómo que fuiste a correr? A correr ¿para qué? ¿Qué ha pasado?

—Nada, tía, tranquila, correr por correr... Desde aquel día lo hago a diario y me sienta de maravilla.

La expresión de Evelyn cada vez se volvía más y más confusa.

—Alice, las mujeres no corremos. Ahora entiendo que no es tu mejor momento y que quizás te lleve un tiempo superar «eso». Pero hazme caso, deja de correr, es malo para la salud. ¿Acaso no lo sabes?

—Ja, ja, ja. Pero ¿qué dices, Eve? ¿Por qué iba a ser malo? Ni que me fuese a crecer pelo en la cara...

—No te lo tomes a broma; como sigas así, se te empezará a poner cuerpo de hombre y el útero se te caerá. En serio, lo he leído en el *Teen* y, además, también me lo ha dicho mi madre. Nuestra vecina, la señora Paws, corría de joven y por eso está sola, sin hijos y sin marido.

No esperaba que mi mejor amiga se tomara así lo que acababa de contarle. Correr me hacía feliz y no me importaba nada de lo que me decía hasta que amartilló las palabras siguientes:

—Y si tanto quieres gustar a Bryan, ¿crees que le vas a gustar con cuerpo de hombre, bigote, piernas musculosas

y la espalda de un mozo de carga? ¡Dios mío, Alice, pero ¿qué haces?! ¿Te has vuelto loca!?

La cara de mi amiga pasó de la alerta al pánico en un milisegundo. ¿Y si tenía razón? Ahora que lo decía, mis piernas estaban un poquito más fuertes, ¿o solo era paranoia mía?

Si seguía corriendo..., ¿no podría tener hijos nunca en la vida? ¿Espantaría a Bryan y a cualquier otro chico que me gustara? ¿Todos se reirían de mi familia al saber que yo era un machirulo? Lo único que yo quería era sentirme bien, libre, sin ataduras y cerca de mi madre, no convertirme en un maldito monstruo.

Al día siguiente luché contra mí misma por no salir a correr. Sobre todo, después de que Eve me hubiese advertido de todos esos peligros de los que yo no era consciente. ¿Pero iba en serio eso de que si corrías se te caía el útero y te salía mostacho? ¡Qué horror! Si salía en el *Teen*, por descontando que era cierto.

Me quedé en casa haciendo los deberes, comiendo palomitas y mirando *Lassie* cuando Jack entró por la puerta con su inseparable chaqueta verdiblanca de los Jets.

—¿Qué haces, saltamontes?

Preguntó con una sonrisa enmarcada por esos hoyuelos que tanto me recordaban a mamá. Él sabía que nuestra madre siempre me llamaba así e intentaba por todos los medios recordarla día tras día como si siguiera entre nosotros.

En realidad, lo estaba. La sentía cada vez que la punta de mis pies cruzaba el umbral dorado de la puerta de la cocina. La sentía cada vez que las gotas de lluvia repiqueaban en el cristal de mi ventana. La sentía cada vez que escuchaba a Elvis y la oía entonar con su dulce voz la estrofa esa del *can't help falling in love with you*, y la sentía en Jack, en sus hoyuelos y en esas arruguillas que se le formaban en los ojos cada vez que se reía. Una de esas sonrisas que viajan de corazón a corazón.

Uno de los mejores regalos que me hizo nunca mami fue mi hermano mayor. No podría haber imaginado uno mejor, aunque, por supuesto, tenía sus peros.

Todos en esta casa teníamos claro que era mejor no discutir con Jack, porque él, siempre, siempre, siempre, tenía la razón. Además de un mal perder de mil demonios. Cada sábado por la tarde, cuando nos sentábamos en la mesa redonda de la cocina a jugar al Monopoly, papá, mamá y yo nos poníamos armaduras, corazas y escudos para protegernos de las cuchilladas invisibles que nos lanzaba con su lengua cada vez que no le salían las cosas como él quería. Y si perdían sus Jets, bueno, si perdían, era mejor no cruzarse en su camino. Sí, un personaje mi Jack... ¡Y cómo lo quería con todos sus peros!

Le miré ensimismada en mis pensamientos, y con una sonrisa llena de palabras mudas le invité a sentarse para compartir mi bol de palomitas y recuerdos. Él se desplomó a mi lado y milisegundos más tarde una respiración profunda, parecida a la de un hipopótamo, se convirtió en la banda sonora que inundó el salón. Me giré hacia él y su rostro de gatito me dio pena. Su pelo azabache contrastaba con el cojín de encaje blanco, que abrazaba, y por primera vez me pareció más frágil que nunca.

Las lágrimas querían asomar por mis ojos, me concentré en retenerlas, pero ahí seguían. Mis párpados hacían de presa, pero ellas, tozudas, seguían empujando. No quería que escaparan, porque si las dejaba libres, podían causar una verdadera catástrofe, y me concentré en la televisión. «Puñado de palomita y Lassie», me repetía constantemente.

Me concentré tanto que, en la pantalla de aquella caja negra y cuadrada, Lassie corría, su dueño corría, los coches corrían, unos niños corrían, su madre, detrás de ellos, corría también, los pájaros volaban veloces y todo, absolu-

tamente todo, estaba en movimiento menos yo. No podía enfocarme en otra cosa.

—Alice, ¡para! ¡¿No ves que no me dejas dormir?!

No me había dado cuenta, pero parecía ser que las lágrimas encarceladas, como temía, no se habían retirado, sino que estaban recuperando fuerzas y estudiando nuevas estrategias de combate, y así, reforzadas, habían viajado hasta la punta de mis pies, que no podían dejar de moverse.

Histérica me levanté de un salto del sofá y, como si alguien me estuviera llamando a susurros, me acerqué a la entrada. En un movimiento automático enfilé las bambas en mis pies, giré el pomo dorado de la puerta y salí disparada.

Aquella tarde parecía que mamá hubiese pintado los cielos de rosa fosforito y gris azulado, su color preferido. Por desgracia, no llovía, pero no me importaba, con aquellos colores iba sonriendo al cielo mientras la suela de mis zapatillas amortiguaba en el asfalto plomizo. Siempre corría por el vecindario, dando vueltas y vueltas sin un destino físico, sino mental. Tenía que seguir corriendo hasta quedar completamente exhausta. Sin embargo, al pasar al lado de un sauce solitario que se iba abriendo paso entre los baldosines de la acera, me paré. Necesitaba encontrar una manera para saber cuántas vueltas a la manzana calmaban mi alma, pensé. El árbol, dentro de su prisión, era libre porque no pertenecía a ningún vecino y en cierta manera me recordaba a mí. Me agaché, cogí una piedrecita y, espontánea, pinté en su tronco una raya. Ya lo tenía: cada vez que pasara por su lado haría lo mismo, me prometí. Eso me serviría para contabilizar cuántas vueltas y cuántos kilómetros necesitaba para curar el alma.

De repente, cuando estaba pintando mi tercera rayita

de aquel día, una voz que provenía de mi espalda me pilló desprevenida.

—¡Hola, Alice!

Me giré y mis ojos tardaron en enfocar a aquel rostro cuadrado que salía de un portal y me hablaba. Cuando me di cuenta de que era el mismísimo Bryan Cox el que se estaba acercando a mí, rápidamente mi corazón brincó en un intento por salirse de mi boca.

—¡Hola! —le devolví el saludo sonando despreocupada mientras las palmas de mis manos chorreaban gotas de sudor. ¿Serían las mismas lágrimas que no había dejado salir unas horas antes por mis ojos?

No podía creerlo, aquel adonis de cuerpo apolíneo, porte vivaz y ojos hechos de miel líquida, en los que podía derretirme con extrema facilidad, me había pillado ASÍ. Pintando un árbol en chándal de ositos pesquero, con olor a sudor y una frente parecida a las cataratas del Niágara.

—¿Qué haces?

No estoy segura, pero creo que mi cara paralizada en una sonrisa no le extrañó para nada. «Alice, di algo». Por mi mente corrían como en los autos de choque cientos de posibles respuestas, pero antes de decidirme por una brillante mi voz se coló y cortó el silencio.

—He salido, eh, a estirar las piernas un poquito. Poca cosa, ya volvía para casa. ¿Y tú?

—Oh, muy bien. Yo vengo de ver a mi abuela, vive justo ahí. —Se giró y con su barbilla apuntó al portal por donde había salido.

—¿A tu abuela? —No sabía que decirle—. ¿Está enferma?

—No, he venido a traerle mermelada casera de arándanos que ha preparado mi madre...

—Ay, pues vaya suerte tiene tu abuela...

—¿Suerte?

—Pues ya sabes eso... Que no esté enferma y que sí, que la mermelada de arándanos está muy rica, y sí que, si encima la ha hecho tu madre, pues eso..., qué suerte tiene tu abuela...

Pero... ¿por qué nadie me hacía callar? Había perdido el control de mi lengua; ella, por libre, no paraba de soltar sandeces y me dejaba como una boba... Alice, concéntrate, ¿es que no te das cuenta de que estás hablando con Bryan? ¡Con el mismísimo Bryan Cox!

¡Deja de decir chorradas!, me repetía, intentando calmarme, al mismo tiempo que decidía, eso sí que lo tenía claro, que no volvería jamás, pero jamás de los jamases, a correr por esas calles y exponerme a que me pillara. ¡Menedra vergüenza!

De repente, el cielo empezó a relampaguear, no estaba segura de si mamá se estaba riendo de mí o, por el contrario, me estaba salvando de aquella situación tan incómoda.

—Venga, Alice, ¡sube al coche, te llevo! —exclamó Bryan mientras me ofrecía una de sus manos y señalaba, dirigiéndole un gesto con la cabeza, el Mustang turquesa que estaba aparcado delante del garaje de su abuela.

No me dio tiempo a responder. Un goterón sacudió mi nuca a modo de colleja, otra vez mamá. Cogí su mano tan suave como el terciopelo y lo seguí.

La lluvia golpeaba con fuerza los cristales haciendo sonar su orquesta, justo como a mí me gustaba, y aunque me moría por estar ahí fuera corriendo, más me moría por estar al lado de Bryan en su cochazo de asientos de cuero. Cuando se lo contase a Evelyn, fliparía.

—¿Lista?

Me até rápidamente el cinturón, aunque estuviéramos a solo tres kilómetros de casa, y al instante me arrepentí. Creo que lo hice presa de los nervios, por hacer algo, no

sé... Nunca antes había visto un auto con cinturones y pensé que me los tenía que poner.

Seguro que se pensó que era muy boba, poco atrevida y nada divertida. Ni una a derechas, Alice, me regañé.

—¡Lista! —contesté con mis mejillas ardiendo, pero disimulando.

El motor rugió como un leopardo, Bryan pegó un acelerón y mi espalda se incrustó contra el respaldo. Intentaba impresionarme, y a mí que intentara impresionarme me encantaba. Eso me derretía mientras el silencio se apoderaba de nosotros.

—¡Qué coche tan chulo!

—¿Te gusta? —preguntó mientras hinchaba su pecho como un pavo—. Es lo último de Ford, el Mustang Fastback, es de mi padre, pero siempre que quiero me lo deja. Como puedes ver, hasta lleva cinturones —indicó señalándome la correa que me rodeaba la cintura, como en los aviones.

—Qué suerte, el mío solo tiene una camioneta prehistórica y yo ni siquiera tengo carné.

—Bueno, las señoritas como tú no necesitan conducir, se merecen tener chófer.

Fue escuchar esas palabras y, sin poder evitarlo, una de mis sonrisas más dulces y bobas brotó en mis labios y me amenazó con quedarse a vivir ahí para siempre. ¿Pero cómo podía ser tan perfecto? Aiss...

—Hemos llegado —anunció mientras se acercaba hacia mí. Pasó su mano alrededor de mi cintura y, a medida que su sonrisa se me acercaba, contuve el aliento creyendo que me desmayaba... ¿Iba a besarme?

Pero no, su cabeza pasó de largo, se agachó sobre mi falda y me desabrochó el cinturón. En la camioneta de mi padre, como en el resto del parque móvil de todos los mortales, no hay cinturón, en cambio, en el Mustang

Fastback turquesa de Bryan se abrocha sobre el abdomen como en los aviones y yo ni me acordaba de llevarlo puesto. Por eso me había pasado la mano por mi cintura, qué tonta; lo que quería, realmente, era librarse de mí y que me bajara de una vez. Y yo, que volví a reparar en mis pintas, mi chándal, mi olor y mi aspecto en general, tiré rápidamente de la palanca de metal cromado de la puerta y salí disparada y avergonzada sin mirar atrás.

—¡Gracias, Bryan! ¡Nos vemos en clase!

Cuando giré la llave de la puerta del porche, los truenos seguían haciendo de banda sonora y un rugido atravesó una noche que recordaría durante mucho tiempo.